



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



16 de noviembre de 1889



Núm. 107



LIMOSNA SINGULAR

UN RATO DE CHARLA

EL relativo aislamiento en que me encuentro como inculcador de ciertas ideas harto distintas de las que predominan generalmente en nuestra patria, hace que acoja con fruición cualquier escrito en que aparezcan consignadas análogas tendencias á las mías. Hónrome en este punto con la coincidencia en que resulto con uno de los más profundos publicistas españoles, D. Nicolás Salmerón y García, el cual dice tan bien, tan perfectamente, lo que yo hubiera querido decir muchas veces, que no vacilo en trasladar aquí algunos fragmentos de cierto artículo suyo recientemente publicado. Hay que leerlo y meditarlo.

«Nada hay que sea menos propio del espíritu español que el hábito de examinar las cosas y la formación del juicio que de este examen resulta: todo lo considera con un criterio tan cerrado y estrecho que fuera maravilla diera en lo cierto obrando á tientas; y cuando, á pesar de todo, la verdad se impone y se abre paso el progreso, los españoles ponen todo su empeño en desvirtuar los resultados de tan beneficiosa ocurrencia. De este modo, los españoles, pueblo eminentemente pasivo y únicamente apto para la contemplación, que no exige esfuerzos del intelecto, sienten y obran á impulsos de principios y teorías abiertamente en desacuerdo con los racionales y verdaderos, que hieren y lastiman profundamente las creencias y los sentimientos de los espíritus independientes y libres.

«Las costumbres corrientes en España son evidentemente producto del instinto monacal latente en los individuos de la raza: la norma y guía de la conducta general está informada por la rutina, que desconoce lo imprevisto y no admite las modificaciones de la experiencia, y la esperanza lejana, puramente hipotética, en otra vida espiritual y etereizada. La mayoría de los españoles encuentra carga pesada el ejercitar el pensamiento, y se sobrecojen de espanto ante la sola idea de descubrir alguna cosa que esté en contradicción con las creencias adoptadas como artículo de fe; y de este modo, ajenos á toda curiosidad por lo nuevo, privados del acicate del entusiasmo, emplean los ópimos frutos de su entendimiento y los arrebatos de su privilegiada imaginación en empresas fútiles, frívolas, sin consistencia, que sólo sirven para dañar al prójimo sin provecho propio.

«No á otra cosa puede atribuirse el afán de escudriñar vidas ajenas que forma así como parte integrante de las ocupaciones de los españoles, y el vivo placer que experimenta en la murmuración nuestra lamentable sociedad: los hombres que sienten fe dentro del pecho por algo grande y elevado, los que persiguen un noble fin con viriles energías y con entusiasmos que fortifican y alientan el alma, los que no se pasan la vida en la ociosidad del entendimiento y en la apatía del idiotismo, no se preocupan poco ni mucho del camino que siguen los que no marchan á su lado ni forman en el bando opuesto. Pero las gentes ociosas y desocupadas, sin horizontes intelectuales, incapaces de sentir el fuego de las pasiones que crean y aniquilan, tienen forzosamente que reducirse al papel de espectadores malévolos de las batallas de la vida, que no pueden afrontar, en la conciencia de su impotencia y nulidad.

»El refrán popular «zapatero á tus zapatos» no tiene en nuestra sociedad aplicación suficiente, por la sencilla razón de que aquí son muy contados los que hacen zapatos ni cosa que lo valga, y que los más se dedican á criticar los zapatos de quienes los tienen. Ser ignorado, vivir confundido entre la muchedumbre, sin pedestal que le eleve sobre el nivel de sus conciudadanos, sin efímeras gloriolas que solicitan la atención del vulgo; gozar del *aurea mediocritas*, libre de importunos y murmuradores; vivir para uno mismo, sin que los infinitos zánganos que constituyen la masa humana se crean con derecho para intervenir en todos los actos de la vida individual, juzgando de las cosas y de los hombres estúpidamente y á la ligera; todo eso, querido William, que quizá constituya la felicidad relativa en este mundo, es harto difícil de conseguir en ninguna parte, y es de todo punto inasequible en España.

»La sociedad española es absolutamente intolante en materia de costumbres: censura y condena todo lo que se aparta, en un sentido ó en otro, de lo corriente y establecido; ejerce una especie de inquisición permanente sobre los actos y la vida de cada uno. El número de los asustadizos de oficio comprende todos los pecadores hipócritas y otra porción de estos últimos que no pecan por falta de ánimos ó de ocasiones. La amistad, que parece debiera estar basada en la mutua indulgencia y el mutuo respeto, no tiene aquí otro objeto que la intervención directa é íntima de los amigos en la propia vida. Mediante ella se adquiere el derecho de importunarle á uno á todas horas con sus consejos y con sus censuras. La sola idea de que todo el mundo no obre de la misma manera, y de que haya alguien que pretenda salirse de los senderos trillados, subleva la gritería de las gentes y provoca los anatemas de la sociedad. Aquí, querido William, se vive enteramente para dar gusto á los demás. No cabe rebelarse contra las convenciones admitidas, sino que es preciso someterse en apariencia para no correr el riesgo de caer en la desesperación y en la misantropía. El qué dirán es la norma de nuestra conducta: la justicia, la legitimidad de nuestras acciones y de nuestras ideas no entran en línea de cuenta por poco que se aparten de las reglas y usos arbitrarios que son fundamento inquebrantable de nuestras sociedades.

»Considera, querido William, cuántos obstáculos se oponen al ejercicio de la libre vo-

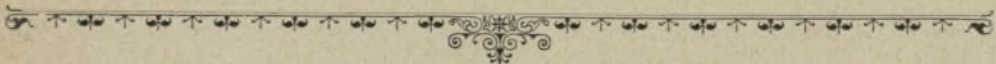


Limosna singular

luntad del individuo, y cuán difícil aparece la regeneración de un pueblo tan apegado á sus rancias costumbres. Tu afectísimo amigo—*John Umbug.*»

¡Tu dixisti!
Siempre vuestro,

ANTOÑITO



EL ULTIMO AMIGO

(A ANTONIO OPISSO DE ICAZA)



Limosna singular

HABÍA nacido con tan feliz estrella que al abrir sus ojos á la vida Gustavo nació rey. Mecieronle en cuna de oro primorosamente adornada con finísimos encajes que por su delicadeza parecían tejidos por manos de hadas, velaron su sueño los más fieles servidores palatinos, y custodiaron su vida los grandes y magnates de la corte.

El palacio que habitaba era hermoso, tan hermoso que no tenía

igual: los jaspes, pórfidos, mármoles, espejos, bronce, esmaltes y pinturas, tan profusamente estaban prodigados, que donde quiera que se volvían los ojos percibíanse los efectos de mágico deslumbramiento, de maravillosa fascinación. Sin embargo, el real niño mostróse desde sus primeros años poco sensible á tales encantos: la indiferencia y la sequedad más ostensible reinaban en su corazón.

Y es que al darse cuenta de lo que era, y al ver que en vez de jugar, como los otros niños, con soldados de plomo, podía jugar él con soldados de carne, y moverles á su capricho, y mandar y ser obedecido, desvanecióle su propio poderío y se hizo soberbio, irascible y descontentadizo.

Era un niño, y por añadidura un niño despojado de todo candor, y, sin embargo, mandaba á su albedrío á hombres encanecidos en el ejercicio de la adulación. ¡Cuántas veces, obedeciendo á su mandato, tumbábase al suelo alguno de aquellos nobles cortesanos, y, ya de bruces, rozando con las cruces

que adornaban su pecho y los bordados de su uniforme la alfombra que tapizaba el pavimento, sentía sobre sus hombros el cabalgar del rey niño, que le dispensaba el supremo honor de considerarle su caballo de cartón! Para dar mayor carácter al juego, Gustavito fustigaba á su *caballo* con un látigo á propósito, que tenía en su puño su cifra y corona de brillantes. A cada chasquido avanzaba el *potro* con más fogosidad, lo que divertía grandemente al jinete, quien fué demostrando de esta suerte sus gustos y aficiones de *gentleman*. Otras veces ocurríasele jugar á soldados, y mandaba formar á los arqueros de su guardia, á los cuales movía como á monigotes de goma: tal

era la flexibilidad con que obedecían á su capricho. Tales expansiones eran muy celebradas por los palaciegos, quienes auguraban, de las travesuras de su amo, que andando el tiempo sería... ¡un genio militar! Pero el tiempo andaba, y, como los genios siempre han sido los menes, Gustavo no fué un César, pero en cambio tuvo algo de Nerón: fué déspota y cobarde. En esto se pareció al emperador romano, pero no tuvo su vena artística, su talento, su

creadora imaginación. Creyó que su poder le venía de Dios, y, en vez de ser clemente y piadoso, trató á su pueblo como á un hato de esclavos. Soberbio con los humildes y timorato con los poderosos, no hubo crueldad que no ensayara ni cobardía que no le fuese propia. Aquel de quien recelaba, á una orden suya desaparecía; el que fiaba en su clemencia, indefectiblemente tenía que llorar.

Un día el sosiego de su palacio fué turbado: algo semejante al rumor de la marea llegó hasta el regio alcázar. Luego el rumor se trocó en clamoreo. En seguida el clamoreo en espantosa confusión. Gustavo tuvo miedo, se asomó á una de las galerías de su palacio, y vió al pueblo amotinado pidiendo á voz



Mal viaje

en cuello la cabeza de su opresor. Llamó á sus arqueros, pero en vano: también su pueblo los consideró *juguetes*, y del primer empuje los derribó. Llamó á sus cortesanos, y sólo vió en torno rostros pálidos y aterrados. Para su defensa no servían: eran sólo caballos de cartón. Delirante, febril, desatentado, corría de una á otra parte de palacio sin saber dónde refugiarse, cómo ni por dónde huir. Y la revolución crecía, la ola rompía imponente, furiosa, dentro de sus mismas habitaciones; los cortesanos cambiaban sus brillantes uniformes con las libreas de lacayos y palafreneros, y el terror de Gustavo llegaba al paroxismo, amenazando acabar con él. Al fin dió con una puerta condenada, logrando escapar por ella en el instante mismo que los amotinados penetraban donde se encontraba él.

Alejado de la capital de su corte, internóse en un bosque, buscando asilo y descanso en él. La noche era serena y apacible: no se movía ni una hoja, no se percibía el más leve rumor. Allí se consideró seguro, y allí decidió pasar la noche, esperando que fuese en su busca algún amigo fiel. De pronto, un rumor, que cada vez se hizo más latente, le hizo estremecer. Vencióle el miedo y se desvaneció. Al recobrase vió á su lado á su perro de caza, el único morador del regio alcázar que le había permanecido fiel.

Cuando al otro día el sol iluminó aquel silencioso é ignorado retiro, vióse al pie de añeja encina el cadáver de un hombre, joven todavía, y á un perro escarbando la tierra junto á él. Era la fosa que el noble animal cavaba para sepultar en ella el cadáver de su rey.

ANTONIA OPISSO



POR UNA GOLONDRINA

Mox, queridos niños, á narraros un cuento, algo extraño quizá, escaso de invención, sencillo por completo, pero sobre todo verdadero.

No hace muchos años, en un pueblo de la costa, en la provincia de de Cádiz, habitaba una honrada familia compuesta de tres individuos: padre, madre y un niño de unos catorce años. Llamábase el niño Juan González, é



El nido del picamaderas

igual nombre llevaba su padre. Este, dedicado al pequeño comercio, hacía frecuentes viajes á la inmediata costa de Africa, y con el producto de sus transacciones mercantiles atendía al sostenimiento de su familia, no con lujo, pero sí con una honrada medianía.

Una mañana Juanito acercóse á su padre llevando en la mano un pobre pajarillo aterido de frío.

—Mire V., padre, qué pajarito he encontrado en el patio de casa.

—Es una golondrina. Está herida en un ala, por cuya causa no habrá podido emigrar con sus compañeras; y como estas avecillas son muy delicadas, el frío de esta noche la ha puesto en ese estado. Y ahora ¿qué vas á hacer con ella?— prosiguió el padre.

—Curarla, darle alimento y abrigo, y meterla después en una jaulita,— dijo Juanito.

—No hagas tal: se moriría. Cúidala en buen hora: con ello demuestras te-

ner buen corazón; pero cuando esté curada, en vez de encerrarla, dale suelta, y antes ponle al cuello una cinta con un papelito que diga tu nombre, la fecha y las señas de este pueblo.

Hízolo así el niño, y cuatro días después, la linda golondrina, con una cintita azul atada á su pescuecito, atravesaba alegremente el estrecho con rumbo á la vecina Africa.

Pasó un año, y figuraos, mis pequeños lectores, el asombro mezclado de alegría del buen Juanito al contemplar en el tejado de su casa la linda golondrina del año anterior.

Sí, ella era, no cabía duda: la misma cinta azul rodeaba su cuellecito, y de ella pendía un pequeñísimo rollo de fino pergamino.



Niños caritativos

Juanito esperó la noche impacientemente, y cuando llegó ésta, auxiliado de su padre, á quien había comunicado su descubrimiento, apoderóse de la golondrina mientras ésta dormía, soltándola después de haber desatado la cinta y pergamino de que era portador. « Me llamo Ibrahim, desciendo de los moriscos expulsados de España, y habito en Tafílete, donde soy curtidor de pieles. Escribid detalladamente: tal vez no os pese, » decía éste.

Chocóles al padre é hijo la aventura, y al siguiente día decidieron escribir largamente á su desconocido correspondiente. Hiciéronlo así, y un mes después recibieron una extensa carta en la que Ibrahim les relataba su historia á grandes rasgos.

Cuando la expulsión de los moriscos, sus abuelos, como tantos otros, hubieron de atravesar el estrecho; y siendo,

como eran, hábiles fabricantes de cuero de Córdoba, se establecieron en Tafílete, donde de padres á hijos se transmitieron el secreto de su industria, los papeles de familia y el conocimiento del idioma español y su escritura.

Desde el día en que Juan González recibió esta carta, no dejó de sostener con Ibrahim frecuente y amistosa correspondencia; y teniendo el judío que ir á Tánger á vender unas pieles, hízolo saber á su amigo por si éste encontraba ocasión de que ambos se vieran en aquella ciudad.

Precisamente por entonces, un negocio de su comercio hacía necesaria en Tánger la presencia del padre de Juanito: así es que se alegró mucho de aquella ocasión de conocer personalmente á su amigo el judío.

Pocos días después encontrábanse en Tánger, en cuya población permanecieron tres semanas ocupados en sus respectivos negocios.

Durante este tiempo habían ambos simpatizado; y cuando sus asuntos hubieron terminado, volvió á España el padre de Juan; pero no venía solo: acompañábale su amigo Ibrahim.

No creáis que era un mero capricho la venida á España del judío: ya os he dicho que éste y Juan habían simpatizado, y en una de sus íntimas conversaciones Ibrahim confió á su amigo un secreto importante.

Por la historia de España sabréis que, cuando la expulsión de los moriscos, sólo se permitió á éstos llevarse de sus bienes los que pudieran llevar á hombros, confiscando los restantes. Los abuelos de Ibrahim, que eran riquísimos, tuvieron tiempo de esconder en oculto lugar de la Alpujarra su dinero y alhajas, levantando un plano detallado del sitio; plano que con otros papeles se transmitió de padres á hijos, no habiéndoles permitido á ninguno el viaje á España el escaso rendimiento que la fabricación de cueros les proporcionaba.



Niños caritativos

Conocedor Juan del secreto, ofreció al judío su ayuda y su dinero, siendo esta la razón de la venida de Ibrahim á la patria de sus abuelos.

No quiero molestaros, niños queridos, con detalles prolijos: básteos saber que algún tiempo después Ibrahim y su amigo habían hallado en el sitio indicado una gran cantidad de monedas de oro y otra no muy pequeña de alhajas de riquísima filigrana de oro y plata.

El judío, loco de alegría, quiso compartir con Juan su tesoro; pero éste se negó resueltamente á admitir nada.

—Pues hagamos una cosa,—dijo Ibrahim.—Vos tenéis un hijo que ha sido la causa de nuestro conocimiento y de que yo haya recobrado mis bienes: yo

no tengo más que una hija, mi pequeña Rebeca. Puesto que ya soy rico, me estableceré en España, patria que siempre lloré perdida; educaremos á mi hija á la europea, procurando se agraden ella y Juanito; y cuando estén en edad, si ellos quieren, les casaremos, fundiendo así en una las dos familias.

Si algún día vais por Cádiz ó su provincia, preguntad por D. Juan González, opulento armador; y si tenéis ocasión de cultivar su amistad, conoceréis á su buena y bella esposa María, antes Rebeca; y ella y él os contarán, como á mí me contaron, que su riqueza y felicidad presentes se la deben á una golondrina.

VENTURA MAYORGA



EL CALOR CENTRAL

(Conclusión)

Siguiendo la opinión más aceptada, los terremotos son también una prueba del calor central, y por lo mismo aquéllos son producidos por efecto de éste.

Los terremotos, que no son más que sacudidas ú oscilaciones del suelo, se explican muy distintamente; y así algunos los atribuyen á que en el intermedio de la corteza terrestre existen cavernas cerradas, puestas, por consiguiente, en completo estado de incomunicación con el aire, y que, estando llenas de éste ó de agua, por la proximidad del fuego interior, como es natural, se dilatan, y, viéndose oprimidos y por consiguiente imposibilitados para desplegar su dilatabilidad, producen grandes conmociones en la corteza terrestre y principalmente en los países más cercanos.

Otros los consideran como derrumbamientos de rocas subterráneas, minadas por la constante filtración del agua que cae y la que existe en la superficie de la tierra.

También lo atribuyen á la atracción de los astros, pues se ha observado que

son muy frecuentes los terremotos cuando se verifican las mayores mareas.

Además de estas hipótesis hay otras muchas, á pesar de lo cual aun no todas están conformes con la verdadera causa que motiva los terremotos.

Durante los terremotos violentos se suelen oír ruidos subterráneos, y sucede algunas veces que se oyen después de pasado algún tiempo del temblor, como pasó en el terremoto de río Bamba en 1797, que hubo en Quito y en Ibarra una fuerte detonación 20 minutos después de la catástrofe.

Desde tiempo inmemorial han sepultado y destruido á multitud de ciudades; y así, en el año 371 antes de Jesucristo, lo fueron por completo las de Heli-



Ayúdate á ti mismo

ce y Bura; en el 62 de la era cristiana Laodicea y Colosos, y muchas ciudades de Acaya y Macedonia; en el 63 fueron también casi arruinadas las de Herculano y Pompeya, que 16 años después fueron sepultadas por las lavas del Vesubio.

En el año 1755 hubo en Lisboa uno formidable que derribó casi por completo todos sus edificios, pereciendo un sinnúmero de personas; en Calabria, el de 1783, arruinó 260 pueblos de 315 que contaba. Además son también dignos de mención el de Caracas en 1812, el de Valdivia (Chile) en este mismo año, y otros muchos que si fuera á nombrar tan sólo, se haría interminable éste mi modesto trabajo.

Pero, en conclusión, debemos aunque no sea más que nombrar el que en 1884, en el mes de diciembre, asoló á Andalucía, principalmente en Málaga y Granada, y donde perecieron cerca de 2,000 almas, arruinando muchos edificios y ocasionando grandes pérdidas en ganados, cosechas, etc.

**

Como también producidos por el fuego interior, diremos algo de los brotes de aguas termales.

En algunos de ellos se nota una temperatura elevadísima, y se supone que la adquieren al pasar por inmensas profundidades antes de salir á la superficie.

El agua que cae sobre la tierra, la de los mares y ríos, y todas las aguas estancadas, producen, á no dudarlo, filtraciones notables que resbalan por las capas inclinadas de la corteza hasta cierta profundidad, que es diferente en cada uno de los brotes; y, variando de dirección por efecto de la igualdad de presión, suben otra vez á la superficie.

Otros manantiales deben su grado de calor á pasar próximos á un volcán.

La temperatura de las fuentes termales artesianas es casi la de las capas profundas del terreno de que proceden, de modo que se puede calcular la distancia vertical desde su punto de partida hasta su brote multiplicando su temperatura por un número comprendido entre 25 y 35 metros.

Al tipo medio de 30 metros por cada grado, resulta que las aguas termales de Balh deben proceder de unos 1,500 metros de profundidad, pues su temperatura es de 38°9'.

Estos manantiales abundan en todos los países, tanto en el ecuador como en las zonas glaciales, como en las templadas.

Los llamados *geisers* en Islandia, arrojan el agua hasta una temperatura que excede á 97°, esto es, casi la del agua hirviendo.

ANGEL DE SAN PEDRO Y AYMAT



* NUESTROS GRABADOS *

LIMOSNA SINGULAR

La niña Mariana tenía muy buenos sentimientos y era muy caritativa. Cierta día su padre le compró un par de zapatos rojos con cintas del mismo color. Estas últimas no le gustaron, y empeñóse en comprar unas amarillas; pero después de coserlas vió que no producían tan buen efecto y las quitó.

Cuando se ocupaba en esto, llamaron á la puerta; y Mariana, que había salido á preguntar quién era, vió á un pobre viejo que pedía limosna.

—Hermano,—dijo la niña,—solamente puedo darle estas cintas, que sin duda valen tanto como un pedazo de pan. Ahora no tengo otra cosa.

El pobre las tomó, pensando que más le habrían satisfecho algunos mendrugos, y, después de dar las gracias, retiróse.

La casualidad quiso favorecerle. A los pocos pasos encontró una señora que llevaba un chanclo en la mano (pues había mucho barro en las calles), el cual no se podía poner por habersele roto las cintas.

—Yo tengo aquí unas nuevas,—dijo el pobre acercándose,—y si V. quiere se las pondré.

La señora consintió en ello, y cuando el chanclo estuvo arreglado dió al pobre hombre una peseta; mas, no contenta con esto y compadecida de aquel infeliz, invitóle á ir á su casa al día siguiente, y le proporcionó una colocación de jardinero.

De este modo las cintas de la niña Mariana, que el pobre no había apreciado, fueron la causa de su bienestar durante el resto de su vida.

MAL VIAJE

El joven Adolfo, embarcado en un ligero esquife, con una toalla por vela y sin remo alguno, se empeña en cruzar el extenso lago que hay cerca de su casa. Al principio sopla una fresca brisa, á favor de la cual avanza rápidamente la pequeña embarcación; pero después sigue una calma completa, y el esquife queda inmóvil como si le sujetaran por debajo, de modo que el pobre Adolfo no puede llegar á la orilla y pasa largo tiempo en medio de las aguas, arrepintiéndose tal vez de su imprudencia; hasta que al fin recibe el socorro de su hermano, quien le conduce á tierra cuando ya le aguijoneaba el hambre.

Esto le enseñó que no se debe emprender viaje alguno, por corto que sea, sin ir bien prevenido.

EL NIDO DEL PICAMADERAS

Cierta día entró en el jardín el hombre encargado de expurgar los árboles, armado de cuchillo y sierra para ejecutar su trabajo. Santiago obtuvo permiso para acompañarle, y, poco después de comenzada la tarea, el hombre se acercó á un árbol grande, descuidado hacía ya algunos años. Tenía una rama muerta, y el jardinero se disponía á cortarla, cuando de pronto fijó su atención en un agujero, y, mirando en su interior, vió un nido del picamaderas con cinco huevecillos azules. Llamó al chico para que los viera también, y díjole que iba á sacar el nido para dárselo.

—No haga V. eso,—gritó Santiago;—esa pobre avecilla está temblando ahora de miedo, sin duda porque conoce que se halla en peligro de perder su casa.

—Pues no hay más remedio que cortar esa rama muerta,—contestó el hombre;—pues si no se hace así, el árbol morirá, y me parece que á tu padre no le haría mucha gracia.

—No creo que le importe mucho,—contestó el chico;—y de todos modos espere V. un momento, que voy á preguntárselo.

El padre, congratulándose de los buenos sentimientos de su hijo, consintió en que no se cortase la rama hasta que hubiese terminado la cría de los pajarillos.

Santiago visitaba el árbol todas las mañanas, y, al fin, un día tuvo el gusto de ver las avecillas abandonar el nido, y felicitóse de haber salvado aquella familia alada.

NIÑOS CARITATIVOS

El niño Ricardo y sus hermanitas Brígida y Julia, paseándose un día por la orilla del mar, recordaron que su maestro les había dicho que en la China se encontraban muchas niñas como ellas, pero muy pobres, que no conocían los juguetes.

—¿No os parece,—dijo Brígida,—que podríamos enviar algunos de nuestros juguetes á esas niñas de que nos habló el maestro?

—Y ¿cómo lo haremos?—repuso Julia.

—Muy sencillo: vamos á casa á buscar cada cuál alguna cosa, lo meteremos todo en esa barca que veis ahí, la soltaremos, y seguramente llegará á la China.

Convenidos en esto, media hora después volvieron los niños, llevando cada una de las hermanas una muñeca, y el hermano una cartera llena de láminas. Todo ello fué depositado en la barca, y los niños se retiraron muy satisfechos.

A la mañana siguiente llegó el pescador, dueño de la embarcación, y al ver aquellos objetos no pudo menos de reírse, pues supo, por una carta que los niños habían dejado, que debían ser trasportados á la China. El buen hombre se los llevó á su casa y dióselos á sus hijos, los cuales recibieron el regalo con tanto gusto como si hubieran sido chinos.

AYÚDATE A TI MISMO

En el tiempo en que los animales hablaban, un pollo, encerrado aún en su cascarón, lamentábase de la estrechez del espacio en que vivía.—¿Qué haré yo para salir de aquí?—pensaba.—Jamás me ha parecido mi prisión tan reducida. Sus paredes me oprimen ya y no puedo moverme. Es forzoso que yo mismo me ayude, pues de lo contrario no me veré nunca libre.

Y el pollo comenzó á picar y picar; y tanto picó, que al fin hizo un agujero en el cascarón, y su reducida cárcel se abrió por la mitad. Entonces vió á su madre seguida de sus hermanitos, y pudo contemplar la luz del sol, y el puro azul del cielo, y todo cuanto podía hacer agradable su existencia; pero nada habría visto si no se hubiese ayudado á sí propio.

EL APURO DE UN GATO

Era una noche de invierno. Mamá acababa de retirarse á su cuarto para descansar, y el gato, que se calentaba á la chimenea, al ver que el fuego se había apagado dirigióse al cuarto de su ama para subirse á su lecho; mas no pudo entrar por hallarse la puerta cerrada. Entonces fué á la cocina é introdujose en un hornillo para echarse sobre la ceniza y pasar allí la noche.

A la mañana siguiente mamá se levantó, fué á la cocina, cerró la puertecilla del hornillo sin ver al gato, y comenzó á encender fuego. El pobre animal estaba muy en peligro de morir achicharrado; mas en aquel instante llegó el perro, y comenzó á ladrar y á dar saltos junto al hornillo, como para indicar á su ama que allí había alguna cosa.

A la mamá le llamó la atención la tenacidad del perro, y, sospechando de pronto lo que podría ser, abrió la puertecilla, dejando así el paso libre al gato, que de un brinco escapó de su prisión.





EL MANZANO

(Continuación)

—Dejémosle que vocifere. No gritará en balde, te lo juro,—dijo Tarlton. —Por mi parte estoy resuelto á llenarme los bolsillos de sus manzanas coloradas antes de irme á la cama.

A estas palabras quedaron todos silenciosos mirando á Tarlton con ansiedad. Sólo Loveit comprendía que iría más lejos de lo que deseaba, y dijo para sus adentros:

—Realmente he hecho mal en no seguir los consejos de Hardy.

Aprovechándose de la confusión producida por sus primeras palabras, Tarlton añadió:

—No es menester que haya espías entre nosotros: si alguien teme ser castigado, que se largue al punto.

Loveit se ruborizó y se mordió los labios. Quería irse, pero le faltaba valor para dar ejemplo. Esperaba que alguno de sus camaradas partiese para irse con él; pero nadie se atrevía á menearse y el pobre Loveit se quedó.

—Bueno está,—murmuró Tarlton, cogiendo las manos de cada uno de los presentes.—Juradme por vuestro honor que me seguiréis. Ayudadme y os ayudaré.

Cada uno extendió la mano é hizo la promesa exigida. Loveit fué el último. Parecía que se ocupaba en los botones de su traje, cuando Tarlton le dió en el hombro diciéndole:

—Vamos, Loveit: presta el juramento.

—Es que desearía no formar parte de esa expedición.

—¡Cómo!

—No: creo que eso no está bien. Y, después, quizás no haya manzanas bajo del árbol.

—¿Qué estás hablando? Y luego, que aunque quisieras no podrías retroceder. Ya sabías lo que te hacías cuando has franqueado la cerca, y sobre todo cuando nos has alabado con tanto énfasis las manzanas que has visto.

Después de un momento de silencio, añadió Tarlton:

—Vamos, que estás desconocido. No sé lo que te pasa hoy. Tú, de ordinario el mejor chico del mundo, complaciente, pronto á todo, estás completamente cambiado. Anda, quédate; pero sabes que desde hoy ya no somos amigos: ¿verdad, amigos míos?

—¡No me seréis amigos!—exclamó Loveit con angustia.—No, no: no se dirá que me haya hecho aborrecer de vosotros.

Y presentando maquinalmente su mano á Tarlton, que la estrechó con fuerza, le dijo:

—Bueno, sí: ahora lo confieso: lo que vais á hacer está bien, muy bien.

Su conciencia murmuraba:—Está mal, muy mal.—Pero no escuchaba aquella voz interior. Fascinado por los trasportes de alegría que vió estallar, no conservó ya ni el deseo ni la esperanza de resistir; y sus camaradas, alegres con su flaqueza, exclamaban:

—¡Pobre Loveit! Ya sabíamos que no se resistiría.



El apuro de un gato

Formado así el complot, tomó Tarlton el mando de la expedición, expuso su plan é indicó cómo debía hacerse para apoderarse más fácilmente de las manzanas del pobre hombre.

Entre nueve y diez de la noche, Tarlton, Loveit y otro camarada salieron del colegio por una ventana situada al extremo de un largo corredor del entresuelo. Hacía luna. Después de haber cruzado el campo y franqueado la barrera, nuestros pequeños merodeadores, guiados por Loveit, llegaron á la puerta del jardín.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. Ancha de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA